

La mujer y el amor en Menandro no es, desde luego, un libro feminista, sino un libro con rigor científico y, por tanto, lleno de comprensión histórica, que pone a las claras la deplorable situación de la mujer en las estructuras jurídicas de la antigua Grecia contemplando el teatro de Menandro a la luz del derecho privado. Claro que las estructuras jurídicas reflejan habitualmente un modo de concebir la realidad, y en este caso, como en otros, nuestra cultura, sucesora de la griega, no deja de ser continuadora de un sentir. De aquí que este libro de Elisa Ruiz sea un libro vivo que interesa no sólo a los especialistas, sino a cualquier persona culta. Permítasenos aducir un dato banal, pero significativo: no es infrecuente que nuestros escolares, al describir, por ejemplo, la estructura de un texto griego antiguo, anoten: «sujeto elíptico: él», sin plantearse la posibilidad de que pueda ser «ella». Lo peor es que, aparte lo pedestre de la expresión estereotipada, suelen tener razón, porque, al menos estadísticamente, en los textos históricos, políticos o filosóficos rara vez es sujeto una mujer. En este aspecto, como en otros muchos, queda desmitificada, a nuestro juicio, la «politeia» ateniense: pensamos que los «politai» —como los «homoioi» espartanos— son, en último análisis, una casta opresora, heredera y continuadora de los «áristoi» homéricos.

Luis Gil termina el prólogo de *La mujer y el amor en Menandro* con estas palabras: «Con los nuevos horizontes abiertos por esta importante investigación de Elisa Ruiz la historia de la literatura y del derecho ático están de enhorabuena». Compartimos totalmente este criterio del ilustre humanista.—BENARDO PEREA MORALES (*Góngora*, 9. CORDOBA).

EL MUNDO MORAL DE “CRÓNICA DE UNA MUERTE ANUNCIADA” *

Crónica de una muerte anunciada está dividida en cinco capítulos. El primer capítulo contiene la trama en su forma más escueta, y en él está prefigurado casi todo lo que tiene importancia en la novela. En este primer capítulo sabemos que Pedro y Pablo Vicario mataron a Santiago Nasar, porque creen que éste ha seducido a su hermana Angela. Los otros capítulos elaboran con más detalle esta trama al introducir a otros

² Con otros fines, Aristóteles señala la dinamicidad de la mujer en la sociedad y en la política: «¿qué diferencia hay entre que gobiernen las mujeres y que los gobernantes sean gobernados por las mujeres?» (*Política*, 1269, 32-34).

* GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ: *Crónica de una muerte anunciada* (Madrid: Bruguera, 1981). Las citas remiten a esta edición.

personajes y al explorar su carácter y sus motivaciones. El resultado es una obra compleja que expresa de un modo magistral mucho más de lo que parece decir. En esto difiere notablemente de algunas de las otras nuevas novelas hispanoamericanas, que a veces dicen más de lo que expresan.

El primer capítulo empieza con esta frase: «El día en que lo iban a matar, Santiago Nasar se levantó a las 5,30 de la mañana para esperar el buque en que llegaba el obispo» (p. 9); y termina con esta frase: «Ya lo mataron» (p. 41). Entre estas dos frases, las palabras *matar* y *muerte*, referidas a la víctima, aparecen doce veces más; su muerte fue, en efecto, bastante anunciada. Como veremos más adelante, es curioso que no se hallara manera de impedir una muerte tantas veces proclamada.

Desde la primera página del primer capítulo el lector puede observar que el narrador construye su relato sobre los datos que conoce por ser habitante del pueblo donde tuvo lugar el crimen y sobre los datos que recoge al volver al pueblo veintisiete años más tarde, «tratando de recomponer con tantas astillas dispersas el espejo roto de la memoria» (página 14). Por haber estado en el pueblo el lunes del asesinato, puede referir con confianza los hechos fundamentales; pero no puede asegurar con igual confianza todas las circunstancias y motivaciones, porque después de un lapso de veintisiete años no están acordes los recuerdos de los personajes del drama. Por ejemplo: «muchos coincidían en el recuerdo de que era una mañana radiante», mientras que «la mayoría estaba de acuerdo en que era un tiempo fúnebre... y que en el instante de la desgracia estaba cayendo una llovizna menuda como la que había visto Santiago Nasar en el bosque de su sueño» (p. 11). O este otro: «Tres personas que estaban en la pensión confirmaron que el episodio había ocurrido, pero otras cuatro no lo creyeron cierto» (p. 48). Por toda la novela abundan tales testimonios encontrados, que crean un ambiente de incertidumbre propicio a mantener en vilo la atención del lector a pesar de la conocida puntualidad del crimen mismo.

Semejantes a los testimonios encontrados son las referencias a las circunstancias accesorias del drama. En la primera página de la novela se relata el sueño que tuvo Santiago Nasar la noche antes de morir: «Había soñado que atravesaba un bosque de higuerones donde caía una llovizna tierna, y por un instante fue feliz en el sueño, pero al despertarse se sintió por completo salpicado de cagada de pájaros» (p. 9). La primera caracterización de los hermanos Vicario es ambigua también: «Eran de catadura espesa, pero de buena índole» (p. 28). De su hermana Angela Vicario decía la madre del narrador: «había nacido como las grandes reinas de la historia, con el cordón umbilical enrollado en el cuello. Pero tenía un aire desamparado y una pobreza de espíritu que

le auguraba un porvenir incierto» (pp. 52-53). La plaza pública, que había de ser la escena de la tragedia, ofrecía asimismo un aspecto ambiguo: «En las ramas de los almendros, y en algunos balcones, estaban todavía las guirnaldas de colores de la boda, y hubiera podido pensarse que acababan de colgarlas en honor del obispo. Pero la plaza cubierta de baldosas hasta el atrio de la iglesia, donde estaba el tablado de los músicos, parecía un muladar de botellas vacías y toda clase de desperdicios de la parranda pública» (p. 27). En medio de tanta ambigüedad, de tanto agüero dudoso, de tanto desacuerdo, no hay más que dos cosas claras y firmes: la muerte violenta de Santiago Nasar y la creencia de todo el pueblo en la validez de su código de honor. Es decir, sobre lo único que se ponen de acuerdo los vecinos del pueblo es sobre una creencia que sólo puede ocasionarles tragedias. Esta es la ironía central de la novela.

La noche antes del crimen se celebró en el pueblo la boda más fastuosa que recuerden sus habitantes. Un forastero guapo y rico, Bayardo San Román, se casó con Angela Vicario, una hermosa muchacha pueblerina. La misma noche de la boda, Bayardo la devolvió a sus padres por haber encontrado que no era virgen. Cuando le preguntaron a ella quién había sido el autor de su desgracia, contestó, con asombro de todo el pueblo, que había sido Santiago Nasar. Según el narrador, «nadie creyó que en realidad hubiera sido Santiago Nasar» (p. 144), y el juez no había encontrado «un solo indicio, ni siquiera el menos verosímil, de que Santiago Nasar hubiera sido en realidad el causante del agravio» (página 159). Además, el comportamiento de éste en las últimas horas pareció confirmar su inocencia. El narrador asegura que «Santiago Nasar no había tenido un instante de duda, a pesar de que sabía muy bien cuál hubiera sido el precio de la injuria que le imputaban» (p. 161). Sin embargo, los dos hermanos de Angela se creyeron en el caso de matarle para poner a su hermana otra vez en posesión de su honra.

¿Cómo era la víctima de esta venganza? Una de las chicas del pueblo dijo de él: «Imagínate: bello, formal y con una fortuna propia a los veintiún años» (p. 33). El narrador consideró oportuno registrar lo que Santiago había aprendido de su padre: «aprendió desde muy niño el dominio de las armas de fuego, el amor por los caballos y la maestranza de las aves de presas altas, pero de él aprendió también las buenas artes del valor y la prudencia... Por sus méritos propios, Santiago Nasar era alegre y pacífico, y de corazón fácil» (p. 16). Bello, rico, valeroso, prudente, experto en el manejo de las armas defensivas y probablemente inocente del agravio que se le imputaba, parecía destinado a ser el hijo mimado de la fortuna. Sin embargo, un aciago lunes de febrero murió destazado como un cerdo a la hora de salir de su casa. ¿Cómo se ex-

plica que pudo realizarse tan sin tropiezos el crimen, sobre todo teniendo en cuenta que los vengadores anunciaban repetidas veces que iban a matarle y que casi todo el pueblo, incluso el alcalde y el cura, lo sabían? Pues hay quienes creen que se explica por la fatalidad.

En la solapa de la primera edición de la novela se lee esta apreciación del tema de la fatalidad: «Tema central en la narrativa de García Márquez, la fatalidad aparece aquí como protagonista indiscutida, como metáfora suprema de la insensata y desdichada vida de los hombres.»

Es cierto que hay muchos elementos que disponen al lector a asignar a la fatalidad un papel principal en la tragedia. La fatalidad se manifiesta en muchas casualidades, muchas coincidencias funestas. Por ejemplo: si no hubiera sido por el imprevisto desenlace de la boda de Angela no habría habido motivo para la venganza de sus hermanos. Si la madre de Santiago, tan famosa como intérprete certera de los sueños, hubiera interpretado con el tino habitual los sueños de su hijo, no le habría permitido salir aquella fatídica mañana. De no haber sido por la llegada del obispo, Santiago se habría ido a su hacienda, saliendo por la acostumbrada puerta trasera en vez de por la puerta que daba a la plaza pública. Si su madre, creyendo que él estaba ya dentro de la casa, no hubiera salido, Santiago se habría ido a salvo. Estas son algunas de las casualidades que parecen constituir la fatalidad que remató en tragedia. Y si queremos atenernos a esta explicación, debemos parar mientes en el nombre y el apellido de la víctima. El juntar con un apellido árabe el nombre del santo que los españoles llamaban «Matamoros» no parece un buen augurio. ¿Sería Santiago Nasar un predestinado a la muerte violenta? Es posible, pero hay otra manera de mirar toda la trama de la tragedia.

Muchas de las casualidades que componen la fatalidad que acabó con la vida de Santiago Nasar tienen su explicación, es decir, que no se trata de una fatalidad omnipotente y ciega. Por ejemplo, la cocinera de Santiago sabía que los Vicario iban a matarle y pudo decírselo cuando entró en la cocina a tomar café. No lo hizo porque, como dice el narrador, «en el fondo de su alma quería que lo mataran» (p. 24). ¿Por qué? Pues porque el padre de Santiago la había seducido años atrás y ella sabía que éste destinaba a su hija a su cama furtiva. El alcalde debió impedir la desgracia, pero «había resuelto tantos pleitos de amigos la noche anterior que no se dio ninguna prisa por uno más» (pp. 90-91). Cuando momentos antes del asesinato le avisaron de la urgencia de hacer algo, «prometió ocuparse de eso al instante, pero entró en el Club Social a confirmar una cita de dominó para esa noche, y cuando volvió a salir ya estaba consumado el crimen» (p. 175). El cura también pudo salvar a

Santiago. He aquí su reacción a la noticia de lo que pensaban hacer los Vicario: «Lo primero que pensé fue que no era un asunto mío, sino de la autoridad civil, pero después resolví decirle algo de pasada a Plácida Linero» (p. 113). Irónicamente, es la visita del obispo lo que le hizo olvidar la inminente muerte de un prójimo. Es decir, se consumó la tragedia por el rencor, la ligereza y el olvido de los habitantes del pueblo. Como observa el narrador, se trata de «una muerte cuyos culpables podíamos ser todos» (p. 131).

Santiago Nasar tuvo la desgracia de vivir en un pueblo de valores morales poco ilustrados, o, para decirlo más exactamente, en un mundo de valores invertidos. García Márquez no describe estos valores, pero quedan claramente expuestos en lo que dicen y hacen sus personajes. Repasemos unos ejemplos.

En la tercera página de la novela se le ocurre al narrador decir lo siguiente: «Yo estaba reponiéndome en el regazo apostólico de María Alejandrina Cervantes...» (p. 11). Esta solícita señora es la activa *madama* de una institución que llama el narrador «casa de misericordias» (página 74), o sea el bien frecuentado burdel del pueblo. La misión apostólica de María Alejandra poco o nada tiene que ver con los amorosos apóstoles de Jesucristo, aunque ella sí enseñaba muchas cosas relacionadas con otro tipo de amor, entre ellas, esta solemne verdad: «ningún lugar de la vida es más triste que una cama vacía» (p. 105). Además, daba buen ejemplo: en una ocasión se nos explica que tanto respeto tenía a Santiago Nasar «que no volvió a acostarse con nadie si él estaba presente» (p. 106). Es probable que se eligió el nombre de Alejandrina para recordar a la célebre pecadora de Alejandría, que acabó convirtiéndose en Santa María Egipcíaca. Así, entre burlas y veras, García Márquez empieza a revelarnos un mundo en que la moral suele presentarse trastrocada.

Una de las notables características de este mundo es su materialismo. Bayardo San Román nos proporciona un ejemplo instructivo. Al poco de llegar al pueblo crea la impresión de que es capaz de hacerlo todo. Es un poco ingeniero, médico, atleta, latinista y Dios sabe cuántas cosas más. De él dice la madre del narrador: «La gente lo quiere mucho, porque es honrado y de buen corazón, y el domingo pasado comulgó de rodillas y ayudó a la misa en latín» (p. 45). Pues un buen día este dechado de virtudes y talentos, estando haciendo la siesta en una mecedora, despertó a medias y vio pasar por la calle a Angela Vicario. Volvió a cerrar los ojos, diciendo a un compañero: «Cuando despierte, recuérdame que me voy a casar con ella» (p. 47). No tardó en conquistar a la chica, o más bien a su familia, con un inverosímil derroche de dinero, es decir, se casó con la ilusión de poder comprar la felicidad. Se casó»

la ligera, se descasó de la misma manera y todo lo perdió por su ligereza y su materialismo.

Parte de la campaña de Bayardo para cortejar a Angela era comprarle la mejor casa del pueblo. Resultó que el dueño de la casa se negó repetidas veces a venderla. Cuando Bayardo le ofreció por fin dos o tres veces el valor de la casa, y el dueño seguía diciendo que no, el médico Dionisio Iguarán, que estaba presente, comentó: «Imagínate: semejante cantidad al alcance de la mano y tener que decir que no por una simple flaqueza del espíritu» (p. 60). ¡Curioso sistema de valores que llama «flaqueza del espíritu» el no querer dejarse arrollar por el materialismo pecuniario!

Otro rasgo de la vida de este pueblo es que la gente no raciocina. Su vida intelectual se reduce a barajar ideas recibidas; entre ellas las más funestas son las que gobiernan la conducta del hombre en casos de honor. A ello volveremos más adelante. Por ahora, veamos unos ejemplos acaso menos siniestros. De los extranjeros, el pueblo no tiene más que nociones estereotipadas. Al explicar Angela una de las razones por las que no quería casarse con Bayardo, terminó diciendo: «Además, pensé que era un polaco» (p. 49). Ese *además* introduce, claro está, un argumento que quiere ser terminante. Angela confía en que su interlocutor tiene de los polacos la misma idea que ella. Otro ejemplo parecido lo proporciona uno de los pocos habitantes del pueblo que no querían a Santiago Nasar, al decir: «Creía que su plata le hacía intocable» (página 162); y su mujer comentó: «Como todos los turcos» (*ibid.*)

Estando fuera del pueblo el médico cuando mataron a Santiago, el alcalde insistió que el párroco hiciera la autopsia del cadáver, porque había estudiado parte de la carrera de medicina y cirugía. Fue una masacre y, además, totalmente innecesario. El informe de la autopsia ofrece, entre otras novedades, este interesante dato: «La masa encefálica pesaba sesenta gramos más que un inglés normal...» (p. 122). Más tarde el verdadero médico dijo del cura: «No hubo manera de hacerle entender que la gente del trópico tenemos el hígado más grande que los gallegos» (página 122). Tienen gracia la exactitud y la convicción con que se espetan estas nociones convencionales o caprichosas.

La crianza de los hijos también merece nuestra atención, especialmente los de la familia Vicario. De los varones dice el narrador lo siguiente: «Los hermanos fueron criados para ser hombres» (p. 51); de las hembras: «ellas habían sido educadas para casarse. Sabían bordar en bastidor, coser a máquina, tejer encaje de bolillo, lavar y planchar, hacer flores artificiales y dulces de fantasía, y redactar esquelas de compromiso» (p. 51). En resumidas cuentas: «Son perfectas... Cualquier hombre será feliz con ellas, porque han sido criadas para sufrir» (p. 52).

Es decir, en este agraciado pueblo, la felicidad de los hombres depende en parte de que las mujeres se críen para sufrir.

De Pedro y Pablo Vicario se puede decir que no mataron a Santiago Nasar en un arrebatado de pasión vengativa. En realidad, hubieran preferido no matarle. El narrador nos advierte que «hicieron mucho más de lo que era imaginable para que alguien les impidiera matarlo, y no lo consiguieron» (p. 81). Le mataron por cumplir con la educación que habían recibido. Y cumplidores lo eran hasta más no poder. En esto recuerdan un poco a la gente no santa del Patio de Monipodio. A pesar de haber estado de parranda toda la noche anterior al crimen, «habían cumplido con el deber de afeitarse» (p. 28). Su delicadeza era notoria: «sacrificaban los mismos cerdos que criaban, y les eran tan familiares que los distinguían por sus nombres. Es cierto —me replicó uno—, pero fíjese bien que no les ponían nombres de gente, sino de flores» (p. 86). Además, al desenvolver sus cuchillos para destazar a Santiago, «ambos se santiguaron» (p. 184). Pedro Vicario comenta, con la satisfacción del hombre honrado: «Lo matamos a conciencia, pero somos inocentes» (página 80). Y si se negaron a confesarse no fue por no cumplir con su religión, sino porque estaban convencidos de que «no tenían nada de que arrepentirse» (p. 133). ¿Por qué? Porque sabían que habían obrado de acuerdo con el código de honor reinante en su pueblo. Y no puede ser casual que Pedro y Pablo se apelliden Vicario. Cae de su peso que no pueden considerarse vicarios del pontificado, pero sí son representantes de una especie de dogma que tiene en el pueblo tantos comulgantes como vecinos; es el dogma que enseña que la sangre derramada puede redimir la honra perdida. Prueba del imperio de este dogma en el pueblo es que también las mujeres lo aceptan pese a la poca cuenta que les tiene. Una de ellas, la novia de Pablo Vicario, le aseguró al narrador: «Yo sabía en qué andaban... y no sólo estaba de acuerdo, sino que nunca me hubiera casado con él si no cumplía como hombre» (p. 102). Ya sabemos que Pablo Vicario cumplió como hombre y así pudo casarse con su novia.

La grotesca sensibilidad del pueblo crea un ambiente favorable al cumplimiento del sangriento código de honor en su forma más primitiva. Se revela plenamente en la decisión de exponer el mutilado cadáver de Santiago Nasar a la contemplación pública y en el gran número de personas ansiosas de verlo. El primer indicio de este aspecto del pueblo ocurre en el primer capítulo, donde se describe cómo la cocinera de Santiago destripaba delante de él unos conejos para el almuerzo. Se recuerda «el horror de Santiago Nasar cuando ella arrancó de cuajo las entrañas de un conejo y les tiró a los perros el tripajo humeante» (página 20). Esta escena prefigura la macabra autopsia de Santiago, en cuya

descripción aparecen las mismas palabras: «El párroco había arrancado de cuajo las vísceras destazadas, pero al final no supo qué hacer con ellas y les impartió una bendición de rabia y las tiró en el balde de la basura» (p. 123). Típico del estilo de García Márquez es el juntar palabras como *bendición* y *rabia*, que normalmente no resistirían tal unión.

La desagradable escena de la autopsia termina con esta descripción: «El cascarón vacío, embutido de trapos y cal viva, y cosido a la machota con bramante basto y agujas de enfardelar, estaba a punto de desbaratarse cuando lo pusimos en el ataúd nuevo de seda capitonada. ‘Pensé que así se conservaría por más tiempo’, me dijo el padre Amador» (página 123). Este padre Amador tan preocupado por la conservación en un lujoso ataúd de los destazados restos de su convecino es el mismo que no hizo nada para impedir la muerte de aquél por pensar que era un asunto de la autoridad civil y el mismo que echó a las vísceras una bendición de rabia antes de tirarlas a la basura.

En un mundo como el que venimos bosquejando no puede extrañar que se acepte sin titubear el bárbaro código que puso tan desastroso fin a la vida de Santiago Nasar. No se le ocurre a nadie preguntar por qué no tiene importancia que María Alejandrina haya arrasado con la virginidad de toda una generación masculina mientras que sí tiene trágica importancia la mera posibilidad de que Angela Vicario haya perdido la suya.

Todo el mundo acepta este código: los hombres, porque es condición de ser hombre; las mujeres, porque no quieren maridos que no sean hombres cabales. Es más: las mujeres pueden quejarse si los hombres no intentan dar el paso que puede invocar el código. Así, Angela decía no querer casarse con Bayardo San Román porque «no había intentado siquiera seducirla a ella» (p. 56). Los abogados sustentan «la tesis del homicidio en legítima defensa del honor» (p. 79) y los tribunales tienden a aceptar esa tesis. Los más de los habitantes del pueblo lo aceptan por las razones aducidas y porque los exculpa de no haber impedido el crimen. Así lo explica el narrador: «la mayoría de quienes pudieron hacer algo por impedir el crimen, y sin embargo no lo hicieron, se consolaron con el pretexto de que los asuntos de honor son estancos sagrados a los cuales sólo tienen acceso los dueños del drama» (página 155).

Ahora, antes de sacar alguna conclusión de lo que venimos diciendo, dediquemos unos párrafos a un artículo publicado por García Márquez en *El País* en los números del 26 de agosto y el 2 de septiembre. El artículo se llama «El cuento del cuento». Se presenta como el relato circunstanciado de sus esfuerzos por rescatar de la memoria de los testigos el final y otros detalles de su *Crónica de una muerte anunciada*.

El relato está lleno de hechos concretos y aparentemente verídicos: fechas, nombres de parientes, amigos e incluso su agente literario.

Un día, cuando un amigo le dice que Bayardo San Román volvió a buscar a Angela Vicario y que los dos vivían juntos y felices, el autor comenta: «No tuvo que decirme más para que yo comprendiera que había llegado al final de una larga búsqueda.» ¿Quiere esto decir que un hecho de la vida real ha venido a completar la crónica de unos hechos históricos? Parece dudoso.

El primer indicio que no es así nos lo da el título del artículo, que no es «La historia del cuento», sino «El cuento del cuento», lo cual lo saca del campo de la historia para colocarlo de lleno en el de la ficción. Pero hay mucho más.

Como ya hemos visto, en la novela se insiste mucho en que los recuerdos de los diferentes testigos no estaban acordes, es decir, que aun queriendo el novelista ceñirse estrictamente a los hechos verdaderos, no sería nada fácil conseguirlo. Ahora, en el artículo, dice el autor que fue al pueblo del crimen para escribir su crónica «inducido por el embeleco, tan común entre los realistas teóricos, de capturar en caliente para escribirla la misma vida que se está viviendo». Es decir, que el intento de capturar la vida en caliente es un embeleco. Un poco más adelante, confiesa: «A medida que escribía me daba cuenta de que la realidad inmediata no tenía nada que ver con la que yo trataba de escribir, ni tal vez con la que recordaba...»

García Márquez concluye su artículo citando la respuesta de Hemingway a una pregunta sobre el proceso de convertir un personaje de la vida real en un personaje de novela. He aquí la respuesta de Hemingway: «Si yo explicara cómo se hace eso algunas veces sería un manual para los abogados especialistas en casos de difamación.» ¿En qué quedamos, pues? ¿Por qué insiste tanto García Márquez en el realismo de su relato para luego desmentirlo una y otra vez? Dejando aparte el gracioso uso que hace de pintorescos toques realistas para divertir al lector, me parece que lo que quiere decirnos es lo siguiente: la historia que puede latir en el fondo de la ficción no carece de importancia, pero lo más importante es, dicho con palabras del mismo autor, «lo que una historia tiene por dentro». Si es así, debemos preguntarnos qué es lo que tiene por dentro esta *Crónica de una muerte anunciada*.

Lo que tiene por dentro es lo que yo quería significar al empezar este ensayo, afirmando que la novela de García Márquez expresa mucho más de lo que dice. Parte esencial de lo que expresa es una crítica feroz del código de honor imperante en el pueblo de los Vicario, pero como García Márquez sabe expresar horrores tan de corrido, tan sin levantar la voz, tan sin aspavientos, puede el lector no darse cuenta inicialmente

de lo que ocurre. Sin embargo, si es atento y perspicaz, no tarda en comprender que toda la novela es una estructura irónica. Apenas hay página sin ironía, pero haría falta otro ensayo para estudiarla a conciencia. Podemos concluir con un ejemplo especialmente expresivo. Las amigas de Angela, suponiendo que ya no era virgen, procuraron enseñarle cómo engañar a su marido. Dice el narrador: «De modo que le enseñaron artimañas de comadronas para fingir las prendas perdidas, y para que pudiera exhibir en su primera mañana de recién casada, abierta al sol en el patio de su casa la sábana de hilo con la mancha de honor» (p. 63). Otra vez el novelista ha juntado dos palabras que normalmente rabiarian de verse casadas así. Por lo general, se habla de manchas en el honor. En el mundo moral del pueblo de Angela «la mancha del honor» puede aceptarse como valor positivo, pero en la crítica irónica de García Márquez «la mancha del honor» vale, como si dijéramos, «la deshonor del honor».

¿Cuál fue, en definitiva, el juicio colectivo sobre el sangriento drama? «Para la inmensa mayoría sólo hubo una víctima: Bayardo San Román. Suponían que los otros protagonistas habían cumplido con dignidad, y hasta con cierta grandeza, la parte de favor que la vida les tenía señalada. Santiago Nasar había expiado la injuria, los hermanos Vicario habían probado su condición de hombres, y la hermana burlada estaba otra vez en posesión de su honor» (p. 134). Se ve que en este utópico pueblo el que no se consuela es porque no quiere.—RICHARD L. PREDMORE (*Miguel Angel*, 8. MADRID-10).

CARMEN RIERA: *Una primavera para Domenico Guarini*. Traducción de L. Cotoner. Montesinos Editor, S. A. Barcelona, 1981.

A finales de junio de 1980, la primera novela de Carmen Riera, ahora traducida al castellano, hacía que el premio Prudenci Bertrana —uno de los más exigentes dentro del ámbito catalán— recayera por vez primera en una mujer.

Estas líneas no pretenden ser más que una primera interpretación, analítica y apresurada —la literatura acaba siempre en el lector/a—, motivada directamente por la sorpresa que me ha producido «la lectura de otras lecturas», en las que advierto se pasa por alto la importancia que tiene la tercera parte de la novela, a mi modo de ver, objetivo hacia el que tiende constantemente la narración y donde el universo literario